

más prestigiosos del mundo anglosajón. Su nombre está unido a sus estudios sobre las tradiciones en la pintura occidental. Hace más de medio siglo, cuando Gombrich decidió escribir este libro, no era famoso. Había publicado con éxito una pequeña historia universal para niños, y sus editores deseaban una historia del arte con el mismo destino. Gombrich se negó; no para niños: para todos los que quisieran empezar. La guerra lo complicó todo; pero Gombrich la concluyó en pocas semanas.

La *Historia del arte* de Gombrich es un libro sencillo, aunque nada infantil. Tiene la frescura de una narración rápida; la seguridad de quien persigue un objetivo; y, en fin, una cualidad pedagógica: la amenidad. Su prosa amable acoge desde los primeros párrafos; nos interpela continuamente, asegurándose que advertimos los propósitos que persiguió cada artista; que valoramos sus resultados: si

lo logró o no; y que nos deleitamos con sus grandes aciertos. Pues, para Gombrich, lo que importa son los grandes aciertos; aciertos de grandes artistas que aprovechan con sabiduría los recursos de las grandes tradiciones artísticas. La historia del arte se despliega en una narración continua con sentido propio; las obras de arte no son el talismán para comprender el pasado; sino el fruto de variados intentos de alcanzar una belleza, que todavía nos es dado entender y disfrutar.

Si hay algún secreto en el libro de Gombrich es éste: para conocer una obra de arte hay que introducirse en las tradiciones artísticas donde nació, cobrar familiaridad con ellas. De este modo, antes de proferir algún entendido comentario sobre el claroscuro o la geometría latente, sentiremos un impulso elemental y gozoso: ¡caramba, qué bueno es esto!

Joaquín Lorda Iñarra.

Libros para pasar el rato.

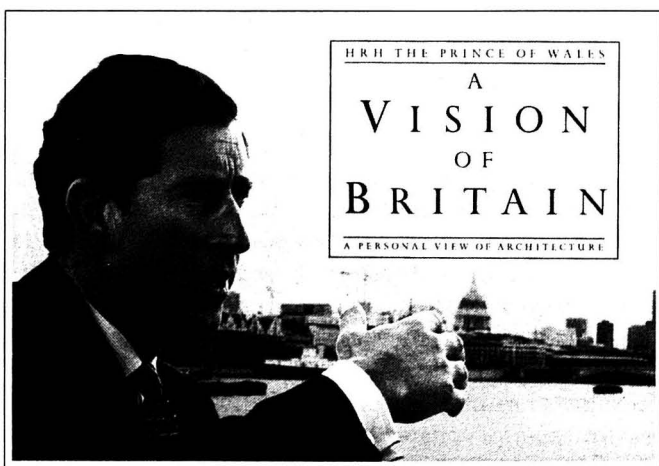
HRH. THE PRINCE OF WALES.

A vision of Britain. A Personal View of Architecture.

Doubleday/New York 1989.

20x27 cm./180 pags./ISBN 0-385-26903-X.

(4000 ptas.)



Probablemente ya no hay nadie que no sepa algo de las polémicas y bien definidas posiciones del príncipe Carlos de Inglaterra en relación con la arquitectura moderna. Programas de televisión exportados por la BBC a medio mundo, reseñas y comentarios críticos del libro, y hasta los inevitables reportajes monográficos en la tan denostada como

cada vez más solicitada prensa del corazón, han difundido abundantemente la exquisita especie: una mezcla de curiosidad insólita, chisme de moda de la *jet society*, y espoleta oficiosa para un gran debate intelectual mantenido hasta el momento en estado de hibernación.

Cabe anotar, de entrada, algunas observaciones o consideraciones generales no demasiado frecuentes en esa divulgación tan orquestada:

—primera: obviamente, una figura como el príncipe de Gales sólo apuesta por el caballo ganador;

—segunda: a estas alturas, su apuesta no es ni caprichosa ni privada, sino un auténtico montaje, una operación de *marketing* en regla, calculada con toda atención;

—tercera: esa operación incluye la consiguiente polémica; no sólo la ha previsto o la tolera, sino que la pretende y la provoca estudiadamente.

Para el príncipe, unos pocos arquitectos llevados por el atolondramiento y la fascinación por las innovaciones técnicas habrían destruido la obra de tres siglos.

El augusto crítico levanta implacable su dedo acusador. No hay paños calientes, condescendencias ni remilgos: «Llevamos demasiado tiempo soportando un tipo de estilo arquitectónico anodino, mediocre, sintético e internacional»; los arquitectos «...han reemplazado las tradiciones y la armonía del pasado por monstruos de Frankenstein desprovistos de carácter, extraños y mayoritariamente rechazados, excepto por los profesores que han maquinado tales horrores en sus laboratorios». Considera que «...existe el sentimiento de que los modernos edificios funcionales ni gustan ni propor-

cionan placer estético alguno. Pero en la formación de los arquitectos modernos rara vez se tienen en cuenta las reglas de la ornamentación o el estudio de los modelos de otras épocas en artes aplicadas. Ya no existe el lenguaje común de los símbolos».

El príncipe de Gales añora la arquitectura del pasado y la concepción clásica de la ciudad. En su libro, un hábil montaje de grabados, pinturas, fotografías y algunas sentidas acuarelas suyas, se muestran con rotundidad incontestable los resultados negativos de las edificaciones surgidas en Londres, y en otras localidades inglesas, tras la Segunda Guerra Mundial; resultados que suponen, a sus ojos, el deterioro radical de la imagen urbana y la pérdida de toda calidad ambiental. Nos recuerda que Londres siempre aspiró a convertirse en una de las maravillas arquitectónicas del mundo, compitiendo en belleza con Venecia; ahora en cambio, dice, la ciudad crece entre enormes construcciones que impiden contemplar lo que antaño fueran los símbolos de uno de los imperios más poderosos del mundo. "He tratado de analizar lo sucedido del modo más objetivo posible —asegura—, y he llegado a la conclusión de que hemos olvidado los principios básicos que regían la arquitectura desde la época griega". Viéndose en la obligación de recordar esos principios, propone expresamente un *decalogo*:

1. Las nuevas edificaciones deben armonizar con el paisaje.
2. La altura de los edificios debe guardar relación con su importancia pública, y sus elementos clave han de ser convenientemente destacados.
3. Los edificios han de responder en su diseño a la escala humana.
4. Los edificios deben mantenerse a tono con las construcciones vecinas.
5. Los arquitectos precisan de humildad.
6. Debería someterse a estudio la intimidad y sensación de seguridad de las manzanas de casas, de las universidades, de los juzgados y de los hospitales y asilos.
7. Cada distrito debería inventariar sus bienes locales.
8. Los edificios sin decoración no producen ninguna complacencia.
9. Las señales de tráfico y los semáforos deben mantenerse bajo el control del diseño.
10. Los usuarios de los edificios y viviendas deben ser frecuentemente consultados.

Cualquier persona —incluidos los arquitectos— suscribirá básicamente esas leyes: su carácter es bastante obvio y su formulación abierta. La arraigada nostalgia por lo antiguo, las extendidas preocupaciones ecológicas, la creciente desconfianza en los avances de la técnica, la viva experiencia de los problemas de la ciudad contemporánea, y el anhelo de parajes y paisajes ideales presente desde los movimientos románticos —ahora resucitados—, constituyen óptimos puntos de anclaje para el *rap-*

pel à l'ordre principesco.

En definitiva, al margen de cuestiones de matiz, el libro no hace sino evidenciar un tácito consenso. ¿Es posible que su precio sea una visión simplista y tópica, basada en el tan manoseado esquema de los *buenos* y los *malos* ?

En este caso los *buenos* somos todos y los *malos* solamente los arquitectos. El esquema es fácil de emplear y transmitir, y el mensaje bastante tranquilizador. Al concentrar toda la responsabilidad en un solo culpable, en un culpable muy concreto, cubre un objetivo doble:

—primero: descarga de ella, y de la mala conciencia consiguiente, a la mayoría de sus destinatarios; —y segundo: da por sentado que existe una explicación sencilla para el gran problema, y por tanto que cabe esperar una fácil y pronta solución.

Los arquitectos no se han callado. Han replicado con fuerza, dando pie a una polémica en la que llevan siempre la peor parte. Protestan que el príncipe Carlos no es bastante experto como para escribir libros, organizar exposiciones y pontificar despreocupada e impunemente: más que criticar, debería arrimar el hombro y hacer algo positivo a partir de un juicio realista del estado de la cuestión.

Lo cierto es que, mientras algunas pequeñas ciudades y localidades inglesas se despueblan, la capital acoge ingentes cantidades de habitantes nuevos; y, por mucho que el arquitecto se preocupe por la habitabilidad y la calidad ambiental, no juega más que un modesto papel en su consecución, con frecuencia exento de un auténtico protagonismo. La definición de los ámbitos para la vida de la sociedad evoluciona históricamente en función de muy complejos mecanismos económicos, sociales, políticos y culturales: el arquitecto es demasiadas veces sólo la primera víctima de las políticas territoriales y la 'codicia' de los agentes económicos, que son quienes determinan realmente las construcciones, sus formas, su estilo, sus funciones y sus materiales.

El príncipe tiene buena parte de razón; pero también la tienen los arquitectos, injustamente tratados en beneficio de una operación publicitaria a cuyo éxito, hablen o no hablen, reaccionen o callen, contribuyen de todos modos. Si callan, otorgan; si reaccionan, serán vistos como histriones vanidosos, clasistas y pagados de sí mismos, empeñados en la defensa de unos atávicos privilegios corporativos cuyo mantenimiento es ya injustificable, o bien como unos pobres personajes desquiciados, incapaces de comprender su propia falta de sentido.

Frente a la invitación del libro a tomar postura, tal vez haya que esforzarse en determinar y acoger todas las implicaciones del fenómeno de su publicación. El revuelo causado puede ser la ocasión para profundizar aún en el balance de las conquistas y fracasos de la arquitectura moderna. Precisamente, no se trata de ignorar sus cualidades

criticables, sino de comprender que no pueden achacarse tan sólo a la incompetencia o al solipsismo —introspectivo y desdeñoso de la realidad— de unos arquitectos irresponsables, sino a las vicisitudes de toda una cultura que duda de sus metas y

justificaciones en todos los órdenes: una cultura de la cual los arquitectos —y sus opciones, a veces simplistas o visionarias, y ocasionalmente funestas— son poco más que un mero apéndice.

Juan Miguel Otxotorena Elizegi.

La biblioteca de casa.

FLETCHER B., CALZADA A.

Historia de la arquitectura por el método comparado.

3 vols./Giner/Madrid 1985.

16x22 cm./1960 pags./ISBN 84-7273-119-7.

(11000 ptas.)

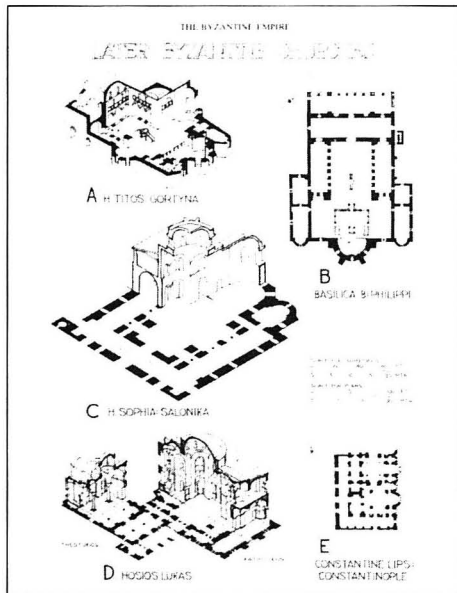
FLETCHER B.

A History of Architecture.

Butterworths/London 1987.

20x26 cm./1620 pags./ISBN 0-408-01587-X.

(15000 ptas.)



Apareció en Inglaterra en 1896. Para muchos será un recuerdo de escuela. Una historia de la arquitectura de tomo y lomo, que en la estupenda ampliación española se convirtieron en tres. Ahí cabía todo: la arquitectura occidental, desde Egipto a los Estados Unidos, con la inglesa en puesto de honor, y -algo menguadas- las orientales. Su autor, Sir Banister, se identifica con esta obra, que rehizo y completó tenazmente en sus numerosas ediciones. Contiene una información única: un extraordinario número de plantas, secciones, y detalles ornamentales, en excelentes dibujos, pequeños y precisos, muchos de ellos acotados. El "método comparado"

que aseguraban las 17 primeras ediciones es elemental. Con prurito científico, cada etapa se introducía con influencias geológicas, religiosas etc.; se apuntaban técnica y estilo; y se describían numerosos edificios representativos. Finalmente, se comparaban con lucidez modelos y motivos de cada capítulo con los anteriores. La obra es vieja, y se nota: es simplista hasta la ingenuidad, y se encuentran -más en los primeros capítulos- atribuciones y fechas hoy discutidas o corregidas; algún dibujo contiene errores. Nos han convencido que todo es más complicado. Nuestras historias evitan divisiones, definiciones y enumeraciones; abundan en profundas connotaciones y fotografías magníficas. Pero en ésta, sus lectores arquitectos aprendieron arquitectura del mejor modo: con documentos arquitectónicos. Supieron de molduras y motivos; y apreciaron con facilidad -ingenuamente o no- las diferencias de estilo. Era un primer paso inigualable -me tienta: insustituible- para penetrar en la arquitectura.

La edición española se llevó a cabo en 1928 por Andrés Calzada, profesor en la escuela de Barcelona; Calzada recogió íntegramente la edición inglesa y añadió, con el mismo método y excelente estilo, un estudio completo e independiente de la arquitectura medieval española, con fotografías y unos pocos dibujos nuevos; necesita también correcciones aisladas en fechas y autores. Por fortuna, esta obra es accesible: existe una edición facsímil que respeta el original, aunque, por desgracia, las ilustraciones han perdido calidad.

Existe también una nueva edición inglesa, la 19ª, que ha sido puesta al día (redactada de nuevo) por un nutrido equipo de especialistas. En ella desaparecen las introducciones y comparaciones. Se dedican nuevos capítulos a arquitecturas no europeas; y se amplía notablemente la selección de edificios, figurando los más importantes de cualquier lugar y época; con numerosas fotografías, nuevas todas, y buena parte de los antiguos dibujos. Los datos precisos se aportan con brevedad y orden. De ello resulta un manual indispensable, completo, exacto y conciso. Claro está, ha perdido su encanto, y -sin el método comparado- buena parte de su valor educativo.

Joaquín Lorda Iñarra.